

Patriarca, son menos necesarias á los demas obispos? No por cierto. Todos los obispos de las ciudades grandes y pequeñas participan indistintamente de la gracia: la diferencia del honor ó del grado es ninguna con relacion á la virtud. ¿Por qué, pues, chocais contra el emperador con una conducta tan opuesta y tan mal paliada? A este discurso los prelados se miraban confusos unos á otros, como presos en un lazo de donde no podian escapar. Eligieron pues, aunque á disgusto suyo, á Juan Apri para el patriarcado, y poco despues fué ordenado (1333).

En estas circunstancias partieron de Constantinopla dos misioneros de la orden de frailes predicadores, para dar cuenta al Papa, tanto del deseo que el emperador Andrónico manifestaba de reunirse á la Iglesia romana, como del peligro á que estaba espuesto el imperio de Oriente de parte de los infieles (1). Leon, rey de Armenia, habia enviado ya embajadores á Felipe de Valois para pedirle socorro contra los sarracenos y procurar la conservacion del cristianismo en aquellas regiones asiáticas. El Papa no tardó en volver á enviar á Grecia los dos misioneros dominicos, despues de haberlos hecho ordenar de obispos; el uno para la ciudad de Vospro, situada sobre el Bósforo Cimmerico, entre el Ponto Euxino y el mar de Azabache; el otro para la de Chersona, un poco mas internada en las tierras de los tártaros, y donde se creia que San Clemente Papa sufrió el martirio. Llevaron á los griegos cartas y exhortaciones, objetos poco interesantes para aquella nacion artificiosa.

Hubo sin embargo grandes movimientos en Europa, á fin de procurar una nueva cruzada (2). Los embajadores de Hugo de

(1) Rain. ann. 1333.

(2) Cont. Nang. pag. 741.

Francia, rey de Chipre, llevaron tambien consigo una tropa numerosa de peregrinos, acompañados del obispo Mende, con la hija del conde de Clermont, destinada para esposa de un hijo del rey su soberano. En Francia, Felipe de Valois tuvo en el mes de octubre del año 1331, en la santa capilla de Paris, una asamblea en que se hallaron los reyes de Bohemia y de Navarra, los duques de Borgoña, de Bretaña, de Lorena, de Brabante y de Borbon, con diferentes prelados y muchos nobles (1). Los prelados en número de veintiseis, comprendido entre ellos Pedro de la Palú, patriarca de Jerusalem, representaron al rey, que en calidad de hijo primogénito de la Iglesia estaba especialmente obligado á sostenerla contra sus enemigos en aquellos lugares donde habia tenido su cuna. Los barones unieron sus instancias á estas representaciones, y declararon que estaban prontos á prodigar en favor de una causa tan noble sus bienes y sus vidas. Felipe no se dejó rogar mucho: inmediatamente envió un diputado al Papa; prometió ponerse en camino dentro de tres años para esta expedicion y mandarla en persona, á no sobrevenirle algun impedimento que fuese reputado legitimo á juicio de dos prelados del reino designados por el Sumo Pontífice.

El Papa publicó en consistorio la cruzada; nombró por jefe de ella al rey Felipe, y le concedió por via de subsidio las décimas de toda Francia durante seis años. Para estos mismos fines reservó por seis años tambien á la iglesia romana las décimas de toda la cristiandad. Pero ya parecia que á todos los proyectos sucesivos de cruzada iba anejo el tropezar en el momento de su ejecucion contra un escollo que los hacia estrellarse. El año mismo señalado por el rey Felipe, por sobrenombre hasta

(1) Cont. Nang. p. 757.

entonces el Afortunado, para efectuar su partida á Tierra Santa, se vió empeñado por la Inglaterra en la guerra funesta que ha hecho desde entonces mirar á toda su estirpe, es decir, á la estirpe Real de Valois, como la mas desgraciada de cuantas han gobernado el imperio francés. Además de este obstáculo, el cambio de ideas y la tibieza de los pueblos con respecto á estas expediciones de Levante, fueron al parecer suficientes para que esta se frustrase. Ya no se advirtió entre los guerreros franceses aquel antiguo ardor en alistarse bajo las santas banderas. El rey, que le conservaba todo entero, creyó poder hacer uso de un fraude piadoso para despertar en sus vasallos. Pidió al Papa que permitiese á los prelados el cruzarse, sin intencion de hacer el viage, y solamente para empeñar á las demas personas á tomar seriamente la cruz. El Sumo Pontífice no dejó de desaprobare esta proposicion (1). «La ficcion, respondió, es indigna de la causa de Dios, que es la verdad misma, y jamás será permitido hacer un mal para que de él resulte un bien. Temeríamos, por el contrario, que esta doblez acarrease sobre la empresa la maldicion divina: ni tampoco es conveniente que se crucen muchos prelados en vuestro reino, pues esto podria ocasionar graves inconvenientes á la Iglesia y al Estado.»

No fué esta sola la ocasion en que Juan XXII rehusó condescender á los deseos de Felipe de Valois, no obstante la perfecta inteligencia que mantenía con este príncipe. Habiéndole pedido Felipe el arzobispado de Rouen para su cancelario Guillermo de San Mauro, el Papa se dió prisa á trasladar á él al docto Pedro Roger, arzobispo de Sens (2). A las quejas que le dió el monarca, respondió el Pontífice: «los deberes del obispado

(1) Rain. ann. 1333, num. 111.

(2) Id. ann. 1331, num. 31.

son muy diferentes de los de la cancelleria, que conocemos muy bien por la esperiencia que de ellos hicimos egerciendo estas funciones bajo el reinado de Carlos II, rey de Sicilia. ¿Qué distantes se hallan del ministerio todo divino de que el pastor es deudor á su rebaño, del ejemplo de todas las buenas obras, de la inmolation de la víctima sagrada, de la aplicacion de los méritos de Jesucristo, del cuidado de apacentar las almas no menos que los cuerpos, de la ciencia de las cosas eternas, del conocimiento y de la curacion de todas las enfermedades espirituales, del discernimiento entre lepra y lepra, entre pecado y pecado, de la estirpacion de todos los vicios, y de la exhortacion á todas las virtudes! Príncipe, podreis traer á la memoria que os dije en cierta ocasion, que no era necesaria menos capacidad en los obispos que en los cardenales; y aun alguno que hice cardenal, no le habria admitido á ser arzobispo.» Tal es la preeminencia divina del episcopado, que las miras humanas del rey jamás pudieron hacérsela desconocer á este Pontífice.»

Poco despues, á instancias del rey Felipe promovió el Papa Juan al cardenalato á Elias de Taleyraud, obispo de Auxerre, y hermano del conde de Perigord, pero que no era menos distinguido por su doctrina que por la nobleza de su sangre (1). Al poco tiempo ó mas bien casi inmediatamente, el rey y la reina rogaron al Papa hiciese otro cardenal francés; pero el Papa respondió en estos términos (2): «Debo instruiros ante todas cosas de las principales razones, sin las que no se deben crear cardenales. Estas no son otras que su corto número, ó su imposibilidad para desempeñar sus funciones. Estas no existen al presente; el número de cardena-

(1) Baluz. vit. tom. 1, pag. 770.

(2) Rain. 1331, num. 43.



les es mas bien excesivo que pequeño, comparado sobre todo con aquel que fué reputado suficiente antes de Clemente V. Desearíamos además que tuviéseis á bien comparar el número de cardenales franceses con el de las otras naciones. Diez y seis de Francia, seis de Italia, y uno solo de España: ved ahí la proporción que os ha tocado en el repartimiento que el Padre común de los fieles ha hecho entre los Estados cristianos. En la misma carta decia que dejaba al nuevo cardenal su obispado de Auxerre hasta la fiesta de la Magdalena para subvenir á los gastos de su viaje. Ya hemos hecho observar que en aquel tiempo todo obispo, al ser promovido al cardenalato, se reputaba dejar vacante su silla, y que para conservarla todavía algun tiempo despues de su promoción, se necesitaban poderosos motivos y dispensa del Papa. Todo esto era en favor de la residencia, tan recomendada y tan necesaria en el episcopado (1). Además del cardenalato, Juan XXII era tambien importunado de continuo sobre las expectativas y reservas que la corte solicitaba en favor de sus codiciosos protegidos. Juan promovió todavía al cardenalato á Beltran de Autun, francés de nacimiento, pero justamente distinguido por la capacidad y feliz éxito con que habia defendido la jurisdicción eclesiástica. Este obispo llegó á hacerse tan recomendable al mismo rey, que le fué permitido poner una flor de lis en sus armas.

Entretanto el Sumo Pontífice publicaba que pasaria en todo el año á Italia, y que se establecería en Bolonia con toda la corte romana. Con esta noticia, que fué seguida de cartas confirmatorias dirigidas á los habitantes de Bolonia, todos los ciudadanos, hábilmente manejados por el legado de Lombardia, lisonjeados con los planes de fortuna

(1) *Hist. de l'Eglise gall.* l. 37.

que cada uno formaba á su modo, se entregaron al Papa y á la Iglesia Romana, sin otra reserva que la conservación de su libertad (1). Enviaron inmediatamente una embajada pomposa á Aviñon, para transferirle en forma el señorío de su ciudad, y suplicarle que acelerase su partida. Colmólos de caricias y de señales de honor y de benevolencia en la persona de sus embajadores; aceptó su sumisión en nombre de la Iglesia, y prometió muchas veces en consistorio público que iria sin falta á Bolonia en todo el curso del año. El legado de Lombardia que residía entonces en aquella ciudad, y que era Beltran de Poyet, cardenal obispo de Ostia, se puso inmediatamente á preparar la habitacion del Pontífice, y para palacio le hizo edificar un castillo grande y muy fuerte, contiguo á los muros de la ciudad. Edificó mas adentro hácia la plaza otro para él; y en fin señaló varios palacios para los otros cardenales. Pero se pasó el año entero sin que se verificase la llegada del Papa á Bolonia. Pasóse del mismo modo otro año, á pesar de las instancias sin cesar reiteradas de una parte, y de las promesas igualmente repetidas de la otra. El Papa no habia fijado el día de su marcha á Italia; manifestaba su sincero deseo de ir, pero los negocios de Francia relativos al proyecto de cruzada no habian llegado todavía á su madurez y no queria partir hasta despues de haberle dado la última mano. El rey no estaba contento con los preparativos que hacia el Papa para regresar al otro lado de los montes. Fué un sistema constante de la corte de Francia, en tiempo de los Papas franceses residentes en Aviñon, el no dejar piedra por mover para evitar se marchasen. Gustábales á nuestros reyes conservar el esplendor que la magestad de la Santa Sede daba á la Iglesia de

(1) *Vill. lib. 10, c. 107.*

Francia; veían con placer á sus hijos sucederse en la Cátedra de San Pedro, llenar el Sacro Colegio y participar, cual favoritos, de las dignidades de la Iglesia; y tenían además la ventaja de obtener mas fácilmente la imposición de diezmos sobre el clero, subsidios que entonces no se acostumbraba exigir sin haber obtenido antes el consentimiento del Papa. Felipe de Valois hizo como los demás monarcas predecesores suyos y como los que le siguieron; trató de detener al Papa en la Provenza y lo consiguió (1).

En fin, en la semana de Pascua del tercer año, persuadiéndose los de Bolonia que el legado habia procedido con artificio á fin de levantar su fortaleza y subyugar la ciudad, tomaron súbitamente el partido de sublevarse; esparcieron una alarma general, tocando las campanas por espacio de muchos días consecutivos, y luego se encaminaron todos juntos á acometer al legado en el castillo que habia construido. Tuviéronle allí encerrado diez días, hicieron trincheras de circunvalación á fin de cortarle todo socorro, y prohibieron bajo rigurosas penas llevarle víveres, ni cosa alguna de lo mas necesario. Entretanto gritaban con voz espantosa: ¡muera el legado Beltran! ¡muera todos los franceses! Arrojáronse sobre el arzobispo de Embrun, nuncio del Papa, sobre el obispo de Mirepoix, sobre su propio obispo, á cuyo palacio pusieron fuego, y sobre todas las personas adictas á la corte romana, abades, clérigos y legos, despojándolos de todo, hasta de los hábitos y libros. Maltrataron particularmente á los de la familia y de la lengua de Beltran de Poyet, es decir, á los gascoñes, de los cuales fueron asesinados muchos. En fin, se vió reducido el legado á tratar de composición y á salir con todos

(1) *Hist. de l'Egl. gall. lib. 37.*

los suyos de la ciudad y del castillo, el cual fué demolido hasta los cimientos. Volvió despojado de casi todo lo que tenia á presentarse al Papa, el cual mandó inmediatamente hacer información contra los de Bolonia; pero la muerte no permitió á Juan XXII ver el fin de este negocio.

Antes de terminar su carrera tuvo que experimentar otro disgusto, aun mas sensible tal vez y mucho mas aflictivo, porque se habia espuesto á él sin tanto fundamento. En el año de 1551, el día de Todos-Santos, dió á entender que los Santos en el cielo no gozarian de la vision beatífica hasta el día del juicio final. Predicó la misma doctrina en el tercer domingo de Adviento, y otra vez en la vigilia de la Epifanía. La fundaba sobre una glosa, entonces muy acreditada, de aquel lugar del Apocalipsis en que San Juan dice haber visto bajo el altar las almas de los mártires. En su consecuencia, el Papa Juan pretendia que los bienaventurados estarian hasta el día del juicio bajo la humanidad de Jesucristo, figurada por el altar de Dios, y que entonces su felicidad consistiria en contemplar esta santa humanidad: que por el contrario, despues del juicio estarian sobre el altar, es decir, que sostenidos por la humanidad del Salvador verian en fin la Divinidad y las tres personas divinas como son en sí mismas. En la materia presente Juan XXII se inclinó á la opinion menos sostenible, no por falta de talento, sino por una excesiva atención á ciertas autoridades que no cotejó bastantemente con las razones contenidas en la Escritura Santa y en la tradicion. Y como quiera que sea, cualquiera que fuese la propension que manifestara por una doctrina, que hoy seria ya una heregia formal, ello es cierto que siempre se abstuvo de afirmar, de decidir, de proponer jurídicamente á los fieles su pensamiento para que les sirviese de regla de fé. Aun mas, ni aun su mismo modo de